

ca, la autora traza un perfil filosófico de ellos a través de una disciplina práctica y compasiva, un medio para afrontar los aspectos más penosos de la vida, una suerte de medicina del alma. Los helenistas fueron ilustrados antes de tiempo, pues admitieron la razón como el instrumento filosófico para alcanzar la madurez y la libertad.

Tomando a Aristóteles como referencia y eludiendo tratar de los aristotélicos tardíos y los eclécticos, Nussbaum se centra en las tres escuelas mencionadas, que coinciden en algunos asuntos cardinales: la crítica de su sociedad, la desconfianza de las pasiones (en especial, la cólera), la denuncia de la injusticia y la indiferencia ante ella, la búsqueda de las condiciones necesarias para la buena vida en común, la *Cosmópolis*, la sociedad depurada de sus vicios. Universalista, la helenística excede el pensamiento localista de los romanos y se proyecta sobre lo político. No hay individuo sano en una sociedad enferma. En la curación del alma individual se basa la sanación social.

Nussbaum es prolija en el recorrido de las fuentes y su comentario. A menudo, excesivamente minuciosa. Ello no impide advertir la utilidad de sus investigaciones, porque rastrean en la memoria filosófica de Occidente las raíces de instituciones que hoy pertenecen a la contemporaneidad: los derechos huma-

nos, la igualdad de trato entre los sexos, la idea de ciudadanía, la tolerancia étnica y religiosa. Una vez más, ahora con el ejemplo helenístico a la vista, se comprueba que las épocas convencionalmente consideradas como decadentes pueden estar bien provistas de anticipaciones fecundas.

**Autobiografía**, G.K. Chesterton. Traducción de Olivia de Miguel. *El Acanalado*, Barcelona, 2003, 392 páginas.

Pocos hombres son capaces, como Chesterton, de ensalzar la infancia como la única época verdaderamente verdadera y felizmente feliz de su vida, hasta el punto de ponerla como ejemplo de la conducta humana. Lo hace para acreditar la normalidad de esa misma vida, desprovista de monstruosidades y patetismos, elementos a veces indispensables en la formación de la subjetividad artística.

Con minucia y convicción, Chesterton examina sus orígenes y cuenta su paso por diversas creencias: liberalismo, socialismo, catolicismo. Cuando advirtió que el capitalismo y el comunismo compartían una misma ética, se hizo católico, con todas las de la ley, católico supersticioso, milagrero y anticuado, como a sí mismo podría calificarse con un orgullo abatido por

la más cristiana de las virtudes: la humildad, el estar a ras del suelo, como el humus que le da nombre.

Por este relato de vida pasan circunstancias personales, aunque no confesiones. Chesterton se ve inserto en una época y una sociedad, como parte de la historia. Para acreditarlo, nos ofrece incontables observaciones sobre la Inglaterra victoriana, la Europa de la pleguerra del 14 y la posguerra del 18, la vida literaria de aquellas fechas, para lo cual abunda en sus dos mejores dotes de escritor: el epigrama irónico y el retrato epigramático, igualmente basado en las potencias de la ironía, o sea de la lógica de las contradicciones que hacen a la vida.

El libro es sincero y acaba pareciendo veraz. La amenidad del relato y la frecuencia de los adagios para memorizar y citar, hacen apetitosa una lectura que, en otras manos, nos mostraría un mundo infranqueable para quien no fuera inglés o especialista en el mundo letrado británico. Este hombre normalizado que, no obstante, siempre se sitúa en los marcos y los límites, este ortodoxo capaz de ironizar a cada paso, este creyente que elude predicar la verdad de su dogma, es un buen caso de tolerancia intelectual y de eso que alguna vez se denominó ética social: hacer lo bueno porque es correcto y bueno para los demás por ser, justamente, correcto.

**Beatas y endemoniadas. Mujeres heterodoxas ante la Inquisición. Siglos XVI a XIX,** *Adelina Sarrión. Alianza, Madrid, 2003, 403 páginas.*

La autora, que investiga en la Universidad Autónoma de Madrid, ha definido el tema del libro observando que la mayor parte de los procesados por la Inquisición eran procesadas. Para documentarse, se concentró en los archivos inquisitoriales de Cuenca e hizo un recuento que clasificó en tipologías.

Los cargos más frecuentes son los de hechicería y embrujo, que provienen de influencias diabólicas. El Demonio inficiona, especialmente, dudas que enflaquecen la ortodoxia, pero también produce revueltas violentas y blasfemas, elocuencia perversa y hasta don de lenguas, impropio de una mujer.

Visiones engañosas, falsos prodigios, alucinaciones monstruosas, son otros tantos capítulos de la estrategia diabólica, que tiene su obra maestra en un caso de transustanciación, en el cual una mujer dice haber incorporado a Cristo redivivo en carne y hueso, con lo que consigue que frailes y curas hagan el amor con ella como si fuera Él, hasta tratarla/Lo en masculino.

Por tratarse de mujeres, lo místico mezclado con lo sexual se da frecuentemente y el anecdótico amena la lectura, sobre todo si el lector es profano. Aparte de la casuística,

Sarrión hace consideraciones generales sobre el carácter de sometimiento femenino al varón, la necesidad de una religión de Estado en la España de los siglos XVI a XVIII y el control de la intimidad y el lenguaje como lugares privilegiados de la heterodoxia y la herejía. Todo ello ha sido tratado en plan investigativo, es decir con solidez y buen orden documental, a fin de que nada de lo sostenido apareciese como supuesto o gratuito.

**Historia intelectual del Occidente medieval**, Jacques Paul. Traducción de Dolores Mascarell. Alianza, Madrid, 2003, 622 páginas.

Con afán de compendio didáctico, el autor traza una excelente síntesis de la materia, ordenada en su exposición y diáfana en su vocabulario. Su presupuesto es muy sencillo y clásico: se trata de ver cómo la Edad Media recupera la perdida conexión del mundo occidental con la cultura contenida en las letras grecolatinas. Al desarrollar el supuesto de modo casuístico, se encuentra con complejidades como que desde siempre han existido interpenetraciones entre el cristianismo y la Antigüedad pagana, que dio lugar a reafirmaciones de la fe cristiana lo mismo que a condignas audacias de pensamiento para emparejar lo des-

parejo. En general, se advierte que la Edad Media marcha decididamente hacia la modernidad, que cuaja en sus últimos dos siglos: laicismo, independencia del poder temporal respecto al eclesial, internalización de las devociones religiosas, nacimiento de la incertidumbre acerca de la consistencia del mundo.

El asunto es muy profuso de contenido, porque se deben examinar tendencias filosóficas, personalidades, instituciones, realidades políticas y demográficas, disputas y persecuciones, cambios tecnológicos y lingüísticos, guerras y contactos entre culturas. El equilibrio de partes está conseguido y la lectura fluye gracias a la capacidad sintética y la alternancia de la erudición con la propedéutica.

**El drama del lenguaje**, Antonio Domínguez Rey. *Verbum y Universidad Nacional de Educación a Distancia*, Madrid, 2003, 340 páginas.

¿Por qué es dramático algo tan cotidiano, en apariencia, como el lenguaje? ¿Es acaso el drama un elemento indispensable al pensamiento? Estas dos preguntas, informadas pero presentes hasta la obsesión en el texto de Domínguez Rey, alcanzan su plena explicación a lo largo de su desarrollo. El ser humano se caracteriza por tener len-

guaje, una facultad natural que, al revés de las facultades igualmente naturales de los otros seres vivos, se establece a partir de la interlocución, la escucha, la interpelación, el diálogo, la disputa por medio de signos.

Esta socialidad nativa del lenguaje tiene, empero, una limitación insuperable: el signo transporta significados pero no puede transmitir la vivencia de sentido de quien lo emite ni de quien lo recibe. Hay un poso o resto oscuro en el lenguaje que entra en conflicto con su cordialidad original y en ello consiste su aspecto dramático. El autor lo examina a través de diversas entonaciones filosóficas: resto anónimo y atemático en Husserl, pérdida irrecuperable en Nietzsche y Lévinas, la fluctuación dicente en Jaspers, la irreductible *parole* ante la *langue* en Saussure, sonido oscuro y femenino frente a claridad de sentido masculino en Bulgakov, ser que se enuncia anunciándose en público, como en Heidegger y Ortega. Y suma y sigue, incluyendo a Amor Ruibal, un pensador traspapelado a cuya recuperación ha contribuido decididamente Domínguez Rey.

Con lenguaje técnico y preciso, el autor muestra que, a favor y a pesar de su enorme información, es poeta cuando se tercia serlo. No abunda la pareja en su profesión, por lo que cabe agradecerle tal encuentro.

**La poética de la ironía**, Pierre Schoentjes. Traducción de Dolores Mascarell. Cátedra, Madrid, 2003, 284 páginas.

A pesar de su mala prensa, su fama de burla y levedad, la ironía es una de las cosas más serias de este mundo, tanto que Sócrates la consideraba y utilizaba constantemente para enseñar su disciplina, que consistía en saber sólo que se ignoraba todo lo demás.

Partiendo de estos supuestos, el autor examina un caudal de fuentes, deteniéndose especialmente en los clásicos griegos y latinos, los románticos alemanes y franceses, para desaguar en formas contemporáneas de la ironía (Anatole France, Hugo von Hofmannsthal, Thomas Mann, Alexander Blok) y en intentos posmodernos (Candace Lang, Linda Hutcheon). Paralelamente, recorre la lista de los medios de que se vale el discurso irónico y las fronteras con categorías cercanas y disímiles: sarcasmo, burla, parodia, sátira, comicidad, cinismo, pastiche, humor, etc.

Con buena economía organizativa y didáctica elocución Schoentjes pone el estado de la cuestión como algo intemporal e insistente, a la vez que renovado por la curiosidad histórica en torno de esa facultad del lenguaje que crea conocimiento a partir de la disidencia entre lo que se dice y lo que se va diciendo.